



E. F. BENSON
Lucía en Londres

Emmeline Lucas, más conocida como Lucía, es la más inolvidable, esnob y chismosa de las heroínas de la literatura inglesa del XX. Lucía es la reina del villorrio de Riseholme, que gobierna con mano de hierro y guante de seda con la ayuda de su fiel Georgie Pilson, aficionado al punto de cruz y al cotilleo salvaje. Cuando Pepino, el marido de Lucía, hereda una fortuna y una casa en Londres, todos en Riseholme respiran aliviados, a la vez que empiezan a tramar su venganza tras largos años de opresión. Por desgracia para ellos, Lucía conquista la capital del Imperio sorteando, uno tras otro, todos los obstáculos que se interponen entre ella y la grandeza. Pero ¿puede Lucía aguantarle el paso a la exigente y estirada sociedad londinense? ¿Abandonará su amada Riseholme para siempre?

Nota de los editores

A MODO DE DRAMATIS PERSONE

RISEHOLME es un pintoresco pueblo isabelino a cuatro horas en tren de Londres, y el escenario de una de las sagas más adictivas y divertidas de la literatura inglesa del siglo XX, la saga de Mapp y Lucía, quizá la obra más inmortal del novelista británico E. F. Benson, de la que Impedimenta ha publicado, con esta, sus primeras cuatro entregas (*Reina Lucía*, 1920; *La señorita Mapp*, 1922; *Lucía en Londres y Mapp y Lucía*, 1931).

A fin de recapitular en un somero Quién es quién los principales actores de esta comedia que retrata como ninguna otra y de manera sarcástica y satírica el *beau monde* británico, poblado de aristócratas arruinados, damas de la alta sociedad, excéntricos terratenientes, nuevos ricos que buscan medrar en la sociedad de entreguerras y esplendrosos bailes en mansiones señoriales, y poner en antecedentes al lector que por primera vez se aproxima al delirante universo bensoniano, digamos que este decadente y delicioso villorrio se rige por los designios de su propia decana del estilo, el gusto y la clase, la inigualable Emmeline Lucas, más conocida por todos como Lucía. La señora Lucas es la indiscutible reina del lugar, una dictadora benevolente que desde su imponente mansión de estilo Victoriano, The Hurst, se encarga de organizar toda actividad, ya sea cultural o no, en sus dominios. Y es que este apacible enclave está en un estado de constante efervescencia gracias a las originales y apasionantes ideas de Lucía, o gracias

a las originales ideas del resto de los habitantes que Lucía, con una encantadora habilidad, hace suyas y acaba abanderando sin el menor prejuicio.

Lucía gobierna con guante de seda y mano de hierro acompañada de su discreto rey consorte, Philip, a quien ella, en un alarde de esnobismo, apoda Pepino, un apasionado de la poesía y de los crucigramas que apoya a su excepcional esposa en cada nueva cruzada que emprende. No menos importante para Lucía es la ayuda de su mano derecha, el devoto Georgie Pillson, un solterón amante del *petit point* y de la pintura embarcado en una lucha constante contra el encanecimiento y la caída del cabello que comparte muchas de sus aficiones con Lucía. Aficiones como esos duetos que ambos se dedican a practicar y que, aderezados con sus conversaciones en un italiano macarrónico, constituyen unas oportunidades únicas para poner en práctica el más importante de todos sus *hobbies*: el cotilleo más mordaz.

Críticas de las que no se libra ni *lady Ambermere*, altiva representante de la nobleza local siempre acompañada de su fiel sirvienta Lyall, ni la señora Antrobus con su inseparable trompetilla, ni la señora Boucher en su silla de ruedas, ni siquiera la varonil y resuelta sirvienta de Georgie, la adusta Foljambe... Pero, con mucha más frecuencia, eligen como objetivo de sus dardos envenenados a Daisy Quantock, su peculiar y envidiosa vecina que, ayudada por su acaudalado marido Robert y su criada de afrancesado nombre, De Vere, intenta infructuosamente, a veces incluso recurriendo a espíritus sobrenaturales, arrebatarle el trono a una Lucía que siempre acaba sometiéndose a su indiscutible superioridad.

Y es que solo una vez se vio amenazado su reinado, con la llegada al pueblo de la fulgurante estrella de la ópera Olga Bracely, *prima donna* y musa del afamado compositor Córtese, que compra la mansión de Old Place para disfru-

tar de la supuesta tranquilidad de un pueblo alejado de la vorágine de la capital.

La encantadora naturalidad de Olga contrasta con la artificiosidad de Lucía e, inmediatamente, subyuga a todos los habitantes del pueblo, entre ellos a Georgie, que ya la admiraba como artista desde la distancia y ahora la adora como persona. Pero Olga, una apasionada de la vida, se encariña inmediatamente con el pueblo y no tiene intención alguna de destronar a su reina... Una reina que, ahora, acompañada de todo este fantástico y fastidioso elenco, está dispuesta a conquistar nuevos territorios.

Un apasionante y divertidísimo fresco de la burguesía rural británica en el que la crítica social y el humor traspasan las fronteras del relato para poner patas arriba a la sociedad inglesa al completo. Bienvenidos a Riseholme.

Lucía en Londres.

Capítulo I

Si tenemos en cuenta que la tía de Philip Lucas, fallecida a primeros de abril, tenía nada menos que ochenta y tres años, y que llevaba los últimos siete postrada en cama en una casa de orates, entraba dentro de lo razonable que entre los amigos del matrimonio hubiese cundido la esperanza de que ninguno de los dos se tomara ese revés como una tragedia irreparable. En este sentido, la señora Quantock, quien, como el resto de Riseholme, había enviado a la señora Lucas una sentida notita de pésame, si bien no había utilizado directamente las palabras «feliz liberación», sin duda había insinuado la idea o había empleado un equivalente bastante cercano.

La vecina esperaba recibir una respuesta, pues, por mucho que en su mensaje le hubiera insistido a la buena de Lucía en que ni se le ocurriera escribirle, una mera formalidad, en realidad le había pedido a su camarera, que había llevado la misiva a The Hurst justo después de comer, que no se moviera de la puerta, alegando que ignoraba si se le daría una contestación. Tal vez la señora Lucas mostrara algún indicio, por vago que fuera, de las expectativas que tenía el matrimonio en relación con lo que todo el mundo ardía en deseos de saber...

Mientras esperaba, Daisy Quantock, como el resto del pueblo en aquella hermosa tarde primaveral, andaba entretenida en el jardín, destrozando los parterres con un rastroillo pequeño pero implacable. Era una jardinera de naturale-

za despiadada, que cercenaba cualquier tímido atisbo de verde que osara despuntar de la tierra, no fuese una mala hierba. Después de una pequeña desavenencia, le había explicado al jardinero profesional que hasta entonces trabajaba para ella tres tardes a la semana que ya no requería sus servicios. Ese año tenía pensado ocuparse ella misma del jardín y del huerto, y estaba convencida de que obtendría como resultado una hermosa explosión de flores y una plétora de verduras riquísimas. Al fondo del caminito del huerto había una carretilla de estiércol fresco que, cuando terminara con la matanza de inocentes, repartiría por los arriates despoblados. Al otro lado de la empalizada, su vecino Georgie Pillson estaba pasándole el rodillo a su parcela de césped, donde en verano solía jugar partidas de *croquet* a pequeña escala. De vez en cuando, intercambiaban comentarios a voz en grito, pero, conforme el trabajo les fue dejando sin aliento, dichos comentarios se espaciaron. La última pregunta de la señora Quantock había sido: «¿Tú qué haces con las babosas, Georgie?», a lo que este había respondido entre jadeos: «Hacer como que no las veo».

En los últimos tiempos, la señora Quantock había ganado algo de peso debido a una dieta a base de leche agria, un brebaje intragable, a no ser que se le añadieran previamente grandes cantidades de azúcar. Así y todo, la leche agria y las pirámides de verduras crudas eliminaron los síntomas de tisis que, a su vez, había provocado el estudio de un pequeño pero escabroso tratado médico. Ese día, en cambio, había tomado un almuerzo normal, tirando a abundante, para probar las mañas de la nueva cocinera, que, sin duda, debía de ser una joya, pues su marido había engullido la comida con gran avidez, en lugar de removerla con el tenedor como si fuera heno. De resultas, entre el peso de más, el empacho y tanto andar agachada, acababa de sufrir un vahído. Estaba incorporándose, intentando recobrase y preguntándose si el mareo sería síntoma de algo funesto, cuando De Vere, pues tal era el increíble nombre de su ca-

marera, bajó las escaleras que conducían del comedor al jardín con una nota en la mano. La señora Quantock se apresuró a librarse del recio cuero de los guantes de podar y la desplegó ante sí.

A una frase de cortesía para agradecerle sus condolencias, que la señora Lucas apreciaba enormemente, le seguían unas palabras ridículas:

Ha sido un golpe terrible para mi pobre Pepino y para mí.

Teníamos la esperanza de que nuestra querida tía Amy nos obsequiara con al menos otro par de años más.

Profundamente apenada, tuya siempre, querida Daisy,

Lucía

¡Y ni una sola palabra sobre sus expectativas!... La querida Daisy de Lucía hizo una bola con la absurda nota y soltó un «¡paparruchas!» en voz tan alta que, en el jardín de al lado, Georgie Pillson pensó que hablaba con él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó este.

—Georgie, acércate un momento a la valla, que quiero hablar contigo.

El vecino, ávido de chismes, soltó el mango del rodillo, que, ante la repentina liberación, rechinó y le dio un buen raspón en el codo.

—¡Qué fastidio de trasto! —exclamó Georgie.

Acto seguido, se encaminó a la cerca, cuya escasa altura le permitía mirar por encima: allí estaba su furibunda vecina, sepultando la nota de Lucía en el parterre que acababa de desmalezar.

—¿Qué es? ¿Me va a gustar? —La cara roja y sudada por el esfuerzo de Georgie, que en ese momento asomaba

justo por encima de la cerca, parecía el sol a punto de ponerse bajo el horizonte liso y gris del mar.

—Pues no sé si te va a gustar, pero es de tu Lucía. Le he mandado una pequeña nota de pésame por lo de la tía, y dice que ha sido un golpe terrible para los dos, para Pepino y para ella. ¡Tenían la esperanza de que la anciana les obsequiara con un par de años más!

—¡No! —exclamó Georgie, que se enjugó la humedad de la frente con el dorso de uno de sus bonitos guantes gris perla.

—Pues sí —replicó Daisy, furiosa—. ¡Con esas mismas palabras! Te la enseñaría si no la hubiera enterrado... ¡Qué sarta de bobadas! Yo, desde luego, prefiero que alguien me estrangule con un cordón o con lo primero que pille a pasar siete años postrada en cama. ¿A qué viene tanta pena? ¿Qué significa todo esto?

Georgie llevaba tiempo siendo el valedor de Lucía —de la señora Lucas, la mujer de Philip Lucas, esto es, de Lucía—, y, aunque por dentro a veces la criticaba —cuando estaba a solas en la cama o en la bañera—, siempre la defendía a capa y espada de las críticas de los demás. Daisy, en cambio, nunca se privaba de censurar a cualquier persona en cualquier lugar...

—A lo mejor significa exactamente lo que pone —observó con el delicado sarcasmo que jamás surtía efecto en su vecina.

—Eso no tiene ningún sentido. Lucía y Pepino llevaban años sin verla, ¡ni siquiera se les oía hablar de ella! La última vez que Pepino fue a visitarla, ¡la vieja le metió un bocado! ¿No te acuerdas de que se pasó una semana con un cabestrillo, aterrado con la idea de que le hubiese envenenado la sangre? ¿Cómo va a suponer su muerte «un golpe terrible» para ellos?... Y lo de que les hubiese obsequiado con... —Daisy se interrumpió bruscamente al recordar que su camarera seguía allí, sin perder ripio—. Eso es todo, De Vere.

—Lo que usted mande, señora —dijo esta, retirándose hacia la casa.

La criada llevaba zapatos de tacón, de modo que, cuando levantaba un pie, el talón del otro se le hundía por el peso en el césped mullido. Cada vez que sacaba el tacón incrustado en la tierra parecía que estuviese descorchando una botella.

Daisy se aproximó entonces a la cerca, imbuida por la luz del razonamiento inductivo, una práctica muy cultivada en Riseholme, y velando la furia de su mirada.

—Georgie, ¡lo tengo! Ya sé lo que significa.

Pese a ser leal a su Lucía, Georgie también lo era al razonamiento inductivo, y, a excepción de él mismo, Daisy Quantock era, con mucho, la lógica más portentosa de todo el pueblo.

—¿El qué?

—¡Qué tonta, no haberme dado cuenta antes! ¿Es que no lo ves? ¡Pepino es el único heredero de la tía, que nunca se casó, y, siendo como era su único sobrino, seguro que le ha dejado dinero a espuestas! Por fuerza, ha debido ser «un golpe terrible» para ellos. Estar encantados de la vida habría resultado muy poco apropiado. No les queda más remedio que fingir que ha sido un golpe terrible para hacer ver que no les importa el dinero. Y, evidentemente, cuanto más les haya dejado, más tristes estarán. Es de cajón... ¡Qué cabeza la mía, no haberlo pensado antes! ¿La has visto desde entonces?

—Sí, pero no he podido hablar con ella tranquilamente. Estaban delante Pepino y un hombre que creo que era su abogado. Me trató con una deferencia espantosa.

—Ahí lo tienes. ¿Y no dijeron nada al respecto?

Georgie contrajo la cara, haciendo un enorme esfuerzo por recordar.

—Sí, algo me pareció entender, pero yo estaba charlando con Lucía y los otros dos hablaban en voz muy baja. Aunque le escuché decirle al abogado algo sobre unas per-

las. Recuerdo perfectamente la palabra «perlas». Tal vez se refirieran a las de la anciana...

La señora Quantock soltó una risita lacónica.

—Podría ser la de Pepino. Tiene un alfiler de corbata con una. Dicen que es periforme, pero, en realidad, no tiene ninguna forma clara. ¿Cuándo se leerá el testamento?

—¡Bah!, esas cosas tardan una eternidad... Quizá meses. Pero por lo que sé hay una casa en Londres.

—¿Ubicación? —preguntó ansiosa Daisy.

La cara de Georgie adoptó una expresión de intensa concentración.

—No podría asegurarlo. Pepino fue a la capital no hace mucho para no sé qué arreglos en casa de la tía... Creo recordar que por algo del tejado.

—A mí me trae al fresco lo que arreglaran o dejaran de arreglar —dijo con impaciencia Daisy—. Yo lo que quiero es saber dónde está la casa.

—Me has interrumpido justo cuando te lo iba a contar. Sé que después se pasó por Harrod's, y que fue andando, porque esa noche cené con Lucía y con él y lo comenté. Así que la casa tiene que estar cerca de Harrod's... Al lado, de hecho, porque llovía... Si no, habría cogido un taxi. De modo que debe de andar por Knightsbridge.

La señora Quantock volvió a enfundarse los guantes de poder.

—¡Es un horror lo reservada que es la gente! No sé adónde vamos a ir a parar... Figúrate que ni siquiera quiso contarte dónde estaba la casa de la tía...

—¡Pero si nunca hablaban de ella! Llevaba muchos años en aquel asilo...

—Llámalo asilo, si quieres —comentó la señora Quantock—, o, ya puestos, estafeta de correos, ¡pero era un manicomio! Y se han mostrado de lo más reservados con todo ese asunto de la herencia.

—Ya sabes que de las herencias no se habla hasta después del entierro. Y creo que es mañana.

La señora Quantock dio un resoplido de campeonato.

—Si no fueran a heredar nada, ya lo habrían hecho.

—Mira que eres malvada. Mira que...

Sus palabras se vieron interrumpidas por varios estornudos sonoros. Por bonitos que fuesen los gemelos, nunca era buena idea andar en mangas de camisa después de haber pasado tanto calor.

—¿Que qué? —preguntó la señora Quantock cuando terminaron los estornudos.

—Ya se me ha olvidado lo que iba a decir. Tengo que volver al rodillo, que me enfrió, y solo llevo la mitad del césped.

La señora Quantock llevaba unos segundos escuchando el sonido de un teléfono que ubicó en la casa de su vecino, no en la suya. Georgie estaba medio sordo, por mucho que se esforzara en disimularlo.

—Está sonando tu teléfono, Georgie.

—Eso me ha parecido —convino el otro, que no había oído absolutamente nada.

—¡Pásate luego a tomar un té! —gritó la señora Quantock.

—Encantado, pero antes tengo que darme un buen baño.

Georgie corrió a la casa, pues una llamada telefónica siempre prometía algún chisme entre amigos. Una voz muy familiar, aunque algo ronca y quebrada, pronunció su nombre.

—Sí, soy yo, Lucía —le dijo en un firme y amable tono de compasión—. ¿Cómo estás?

Su amiga suspiró. Un suspiro largo, afectado y perfectamente audible. Georgie se la imaginó pegando la boca al auricular para asegurarse de que el sonido llegaba hasta él.

—Bastante bien. Y mi Pepino también, a Dios gracias. Estamos llevándolo de maravilla. Él acaba de irse.

Georgie estuvo a punto de preguntarle dónde, pero lo adivinó a tiempo.

—Comprendo. Y tú no has ido. Me alegro, muy sensato por tu parte.

—No me veía con fuerzas, y Pepino ha insistido en que me quedara. Es mañana. Va a dormir en Londres esta noche... —Una vez más Georgie estuvo tentado de preguntar dónde, porque era imposible no cuestionarse si dormiría en aquella casa de ubicación desconocida cerca de Harrod's—. Y volverá mañana por la noche —dijo Lucía sin detenerse—. Me preguntaba si te apiadarías de mí y vendrías a cenar conmigo. Algo frugal, claro: la casa está de capa caída. No te arregles.

—Encantado —dijo Georgie, a pesar de que había encargado unas ostras. Siempre podía hacérselas gratinar con pan rallado al día siguiente—. Será un placer.

—¿Te parece a las ocho? Estaremos solos. ¿Te importa traerte nuestro dueto de Mozart?

—Por supuesto que no. Es bueno que te entretengas, Lucía. Le daremos un buen repaso.

—¡Ay, Georgie, querido! —dijo con desmayo Lucía.

Tras volver a oírla suspirar, en una interpretación menos lograda esta vez, colgó el auricular con un clic.

Georgie se apartó del teléfono con la sensación de estar inmensamente ocupado: ¡tenía tanto que pensar y que hacer...! Lo primero era arreglar lo de las ostras y, como la camarera había salido, bajó directamente a la cocina. La ausencia de Foljambe lo obligó a prepararse él mismo el baño: abrió a la mitad el grifo del agua caliente y bajó rápidamente al jardín para guardar el rodillo en el cobertizo —pues no le daba tiempo a terminar con el césped si quería darse un baño y cambiarse antes del té—. Después tenía que sacar la ropa y escoger un atuendo que le sirviera tanto para la merienda como para la cena, pues Lucía le había dicho que no se arreglase. Aún no había estrenado su atrevido traje nuevo, con los pantalones de corte Oxford beis oscuro, pero, al verlos de nuevo, le parecieron muy infantiles. Los había encargado en un arrebato de temeridad sartorial,

y un té tranquilo con Daisy Quantock, seguido de una tranquila cena con Lucía, parecía la ocasión perfecta para darles una oportunidad. En todo caso, mejor que estrenarlos un domingo para ir a la iglesia y que Riseholme al completo los viera al mismo tiempo.

La chaqueta y el chaleco eran de un azul tan oscuro que parecerían azules en el té y negros en la cena. Y tenía unos calcetines de seda gris, tirando a plateada, y una corbata a juego. Le costó encontrarlos y, además, la búsqueda se vio interrumpida por las oleadas de vapor que llegaron al dormitorio. Corrió hacia el baño, donde se encontró la bañera llena de agua hirviendo casi hasta el borde. Como el día anterior estaba demasiado tibia, aquella mañana, tras el desayuno, le había dirigido unas palabras algo afiladas a la cocinera. Evidentemente, esta se las había tomado tan a pecho que no le quedó otra que quitar el tapón para reducir el contenido en ebullición y poder rellenarla con agua fría.

Regresó al dormitorio y empezó a desvestirse. Todas aquellas nuevas sobre Lucía y Pepino, sumadas a los perspicaces comentarios de Daisy Quantock, le interesaban extraordinariamente. La anciana señora Lucas llevaba años en ese asilo o manicomio privado, y Georgie no creía que los gastos de internamiento fueran menores de quince libras semanales, y quince multiplicado por cincuenta y dos daba como resultado una cantidad nada desdeñable. Eso les reportaría un nuevo ingreso y, suponiendo que rindiera a un cinco por ciento, el capital que arrojaba era digno de consideración. Y también estaba la casa de Londres. Si la heredaban en plena propiedad, supondría un buen pellizco más de golpe, mientras que, si estaba arrendada, les proporcionaría pequeños pellizcos que ir sumando a su renta. Era cierto que tendrían que descontar la contribución y los impuestos, y el sueldo de un guardés, y unos gastos fijos, obviamente. Pero quedaban las perlas.

Georgie cogió una cuartilla del cajón del escritorio donde guardaba las cuartillas y los cordeles de los paquetes abiertos, y empezó a echar cuentas. La tarea requería necesariamente una buena dosis de especulación, y debía omitir por completo las perlas, pues nadie podía aventurar lo que valían dichas «perlas» sin saber su cantidad ni su calidad. Pero incluso omitiéndolas, y tasando por lo bajo el posible alquiler de la casa cerca de Harrod's, le asombró el capital que aquellos gastos anuales parecían representar.

«Ni un penique menos de cincuenta mil libras —se dijo—, y una renta de dos mil seiscientas».

Mientras hacía estos cálculos, le entró algo de fresco y, relamiéndose ante la perspectiva de un agradable baño caliente, corrió al aseo. El agua que antes estaba hirviendo ahora estaba helada.

—¡Qué fastidio! ¡Maldita sea! —exclamó Georgie, que volvió a colocar el tapón y abrió los dos grifos a la vez.

Por supuesto, sus cálculos se edificaban solo con los materiales de su imaginación, que trabajaba a marchas forzadas entre vistazo y vistazo a los pantalones que se reflejaban en el espejo de cuerpo entero que estaba delante de la ventana. ¿Qué harían Lucía y Pepino con aquel aumento exponencial de su fortuna? Su amiga ya tenía la casa más grande de Riseholme, la decoración más isabelina, un automóvil y todos los vestidos que quería. A decir verdad, no se gastaba mucho en trapos, porque su mente elevada despreciaba la ropa, pero Georgie se permitió acariciar la cínica reflexión de que las perlas la harían más estilosa si cabe. Por lo demás, ya daba todas las recepciones que le apetecía... ¡Más dinero no haría que quisiera celebrar más cenas! Iba a Londres cada vez que se estrenaba alguna película, obra teatral o musical que consideraba imbuidas por el germen de la cultura. Despreciaba a la supuesta «alta sociedad» con el mismo ahínco que los ropajes, y siempre decía que volvía a Riseholme con una sensación de hambruna intelectual. Tal vez donara un fondo permanente para cele-